

Trolerotutos y Hardy

TROLARDY **ATRAPADOS EN LA ESCUELA**



mī

1. ¡ES HORA DE APRENDER ALGO NUEVO!

-Me aburroooo... —suspiró Trolero.

—Me aburroooo... —repitió Hardy imitando el mismo tono de voz.

—Oye, no me copies...

—Oye, no me copies...

Trolero se giró hacia Hardy con cara de pocos amigos.

—En serio, deja de jugar a ser mi eco.

Hardy se encogió de hombros.

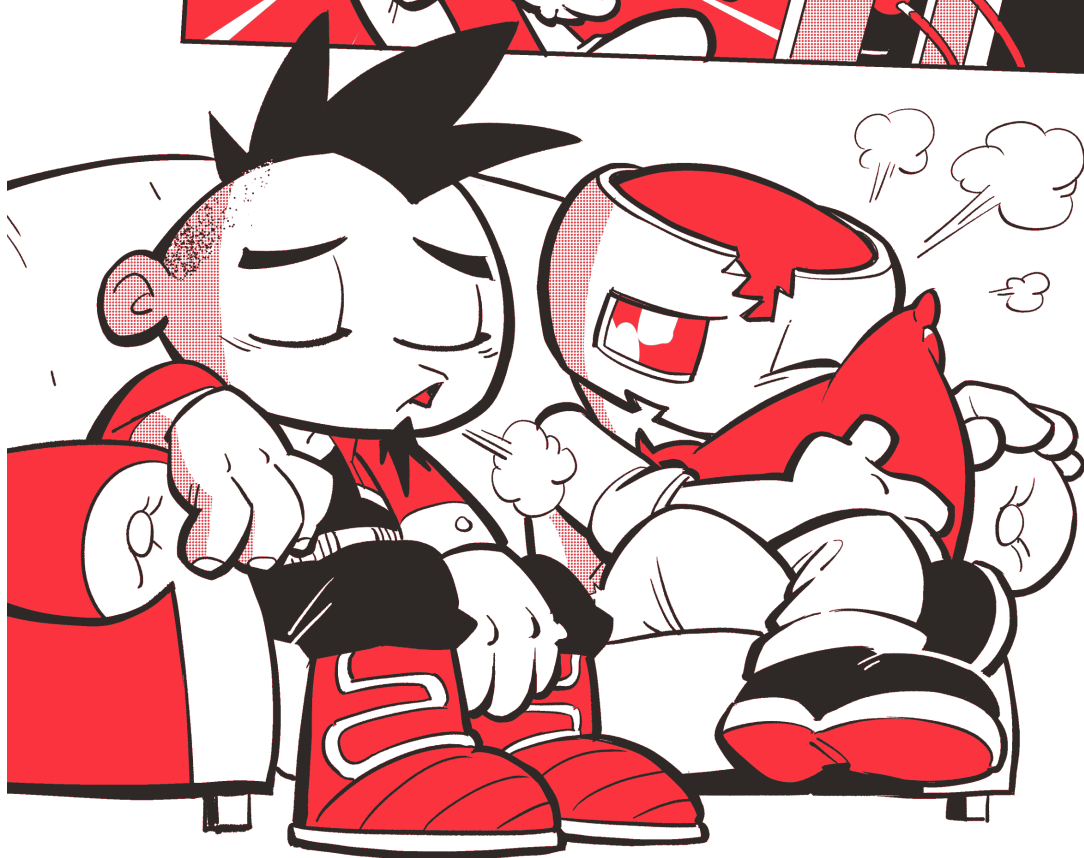
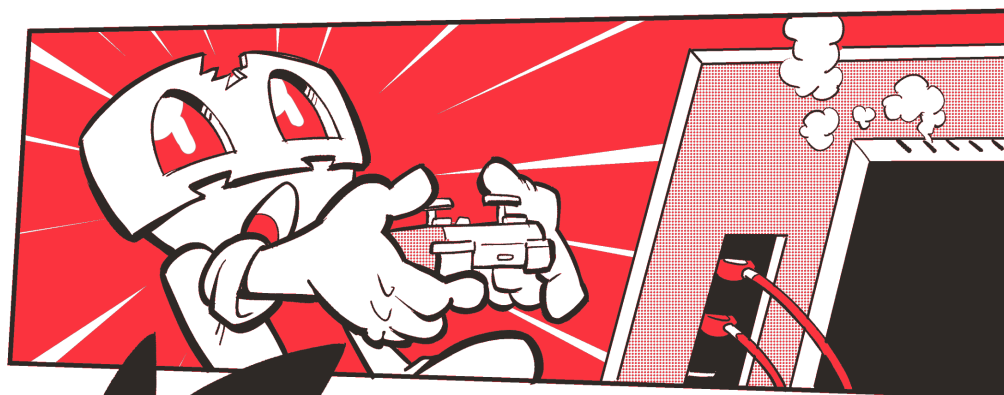
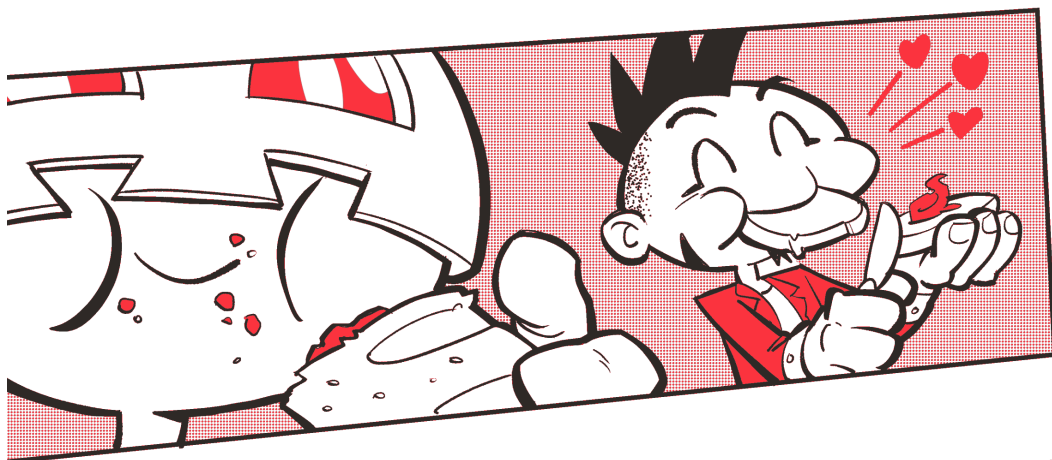
—Vaaale. Es que me aburro. Al menos lo de copiarte parecía divertido.

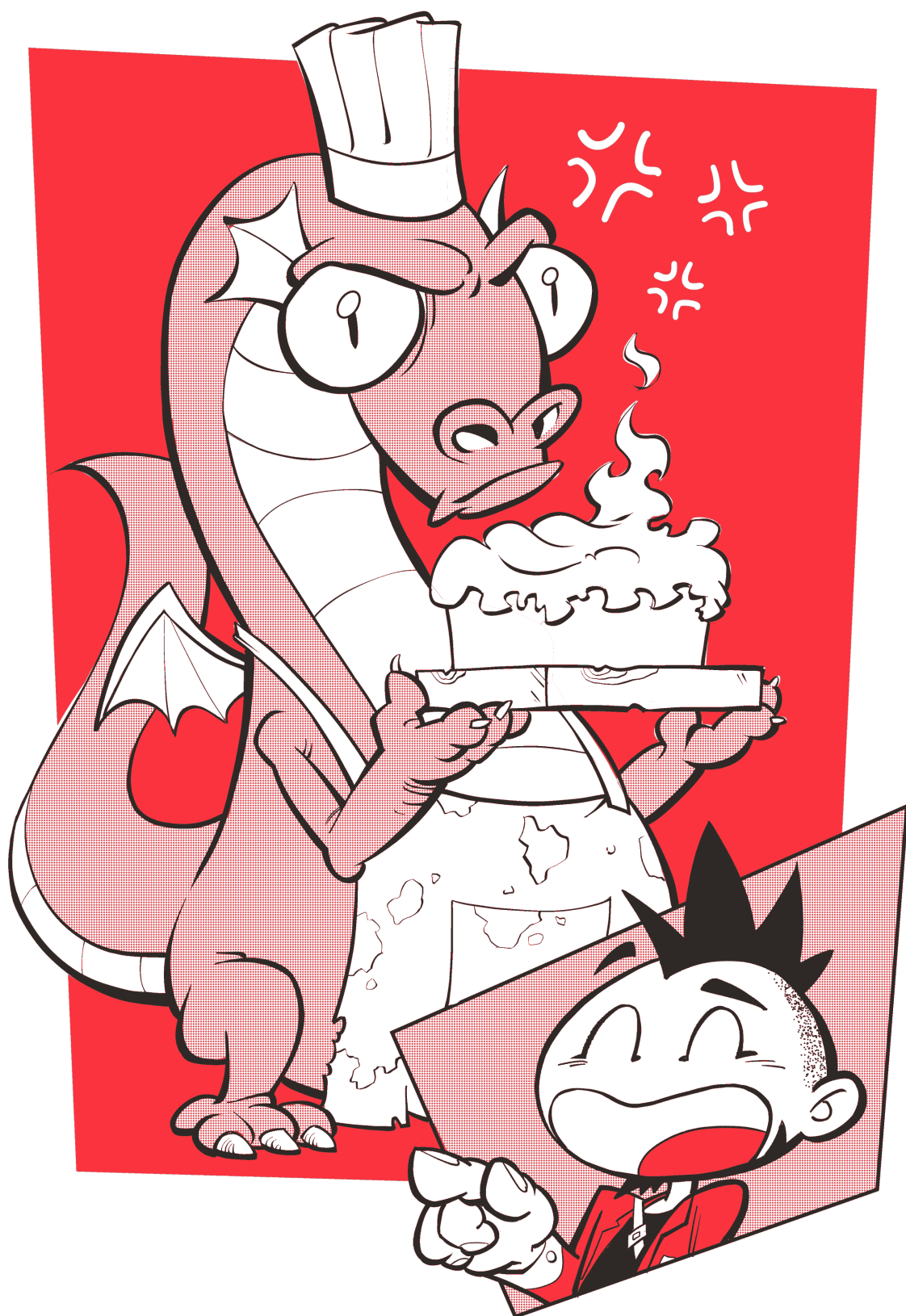
—Yo también me aburro, ¿eh? Pero podrías hacer otra cosa —propuso Trolero algo mosqueado.

—¿Otra cosa? ¿Como qué? Ya hemos hecho de todo. Llevamos semanas encerrados en casa, comiendo pan, jugando a videojuegos y viendo series en la tele. Empiezo a estar aburrido de todo.

Trolero fue asintiendo a cada una de las cosas que decía Hardy. Era cierto que, al principio, todas le habían parecido muy entretenidas. Ahora que el mundo virtual y el







real se habían fusionado en uno solo, había videojuegos y series muy originales.

A Hardy le gustaba especialmente una serie protagonizada por un dragón que quiere aprender a escupir fuego, pero que siempre le sale nata y sus amigos deciden abrirle una pastelería. Era una serie muy absurda, aunque muy divertida.

Pero es que ya estaban cansados de descansar.

—Después de correr tantas aventuras —dijo Trolero—, echo de menos la emoción de algún desafío. El que sea. ¿Qué te parece si jugamos a ver quién se come más rápido esa barra de pan?

Hardy negó con la cabeza y le soltó un bufido.

—¿En serio no se te ocurre nada más? Estoy lleno. Creo que si me como un trozo más de pan, voy a vomitar.

Trolero se rascó la barbilla, pensativo.

—O sea, que si comes más pan... ¿fabricarás pan?

Hardy puso cara de asco.

—¿Qué dices? El vómito, aunque sea de pan, no es pan.

—Eso es discutible —afirmó Trolero—. Quizá es la masa del pan, y...

—Me niego a seguir con esta conversación.

—Vale, yo también, solo me vino a la cabeza por la serie esa del dragón que escupe nata en vez de fuego y abre una pastelería.

—Ahh, vale, ¡es verdad! Aunque creo que Miguita es la que se encarga de fabricar masa de pan con su padre y no hay nadie mejor que ella —concluyó Hardy—. Seguro que el pan vomitado sabe peor.

—Mucho peor. Pero me aburro tanto... —dijo Trolero soltando un suspiro.



—Pues a mí también me pasa. Yo creía que los héroes eran felices cuando cumplían una misión. Sin embargo, veo que una vez que te quedas sin misiones, tu vida es un muermo.

Hacía tiempo que ninguna amenaza se cernía sobre Villa Trigo. Y, sinceramente, Trolero y Hardy empezaban a cansarse de aquella situación. Los cuentos siempre se terminan justo cuando llega el final feliz, pero ningún cuento te explica lo que viene más tarde: el aburrimiento.

—¡Mira! —exclamó entonces Trolero—. Empieza en la tele *Un hacker anda suelto*. Esa serie sí que me gusta.

Hardy se encogió de hombros.

—Bueno, no está mal. Algo es algo.

—Yo tengo ganas de que resuelvan el misterio que dejaron pendiente en el anterior capítulo. Todos los personajes están inscritos en un concurso de hackers y tienen que hackearse mutuamente —explicó Trolero entusiasmado—. Todos desconfían de todos, ¿quién será el traidor?

Hardy le miró de reojo.

—Aunque pongas esa voz de presentador de televisión —le dijo—, no me parece que el misterio sea para tanto.

Todos los hackers estaban tecleando en sus respectivos ordenadores portátiles, lanzándose miradas de sospecha. Cada uno de ellos intentaba entrar en el ordenador del otro para robarle los datos. Pero si dejaba demasiado expuesto su ordenador, entonces también podía perder sus propios datos.

—Interrumpimos nuestra emisión para dar paso a nuestro patrocinador —dijo entonces la voz del presentador de *Un hacker anda suelto* a los pocos segundos de empezar el programa—. ¡La apertura de la inscripción de una escuela muy especial!

Trolero y Hardy se incorporaron un poco en el sofá para fijarse en aquella promoción.

—¿Una nueva escuela? —preguntó Trolero.

—Pensaba que ya había escuelas por aquí —dijo Hardy.

—Pues esta parece mejor.

—Las instalaciones están en el antiguo y flamante castillo Brandi —decía la voz de la televisión mientras un plano aéreo mostraba un castillo gigantesco oculto en la bruma.

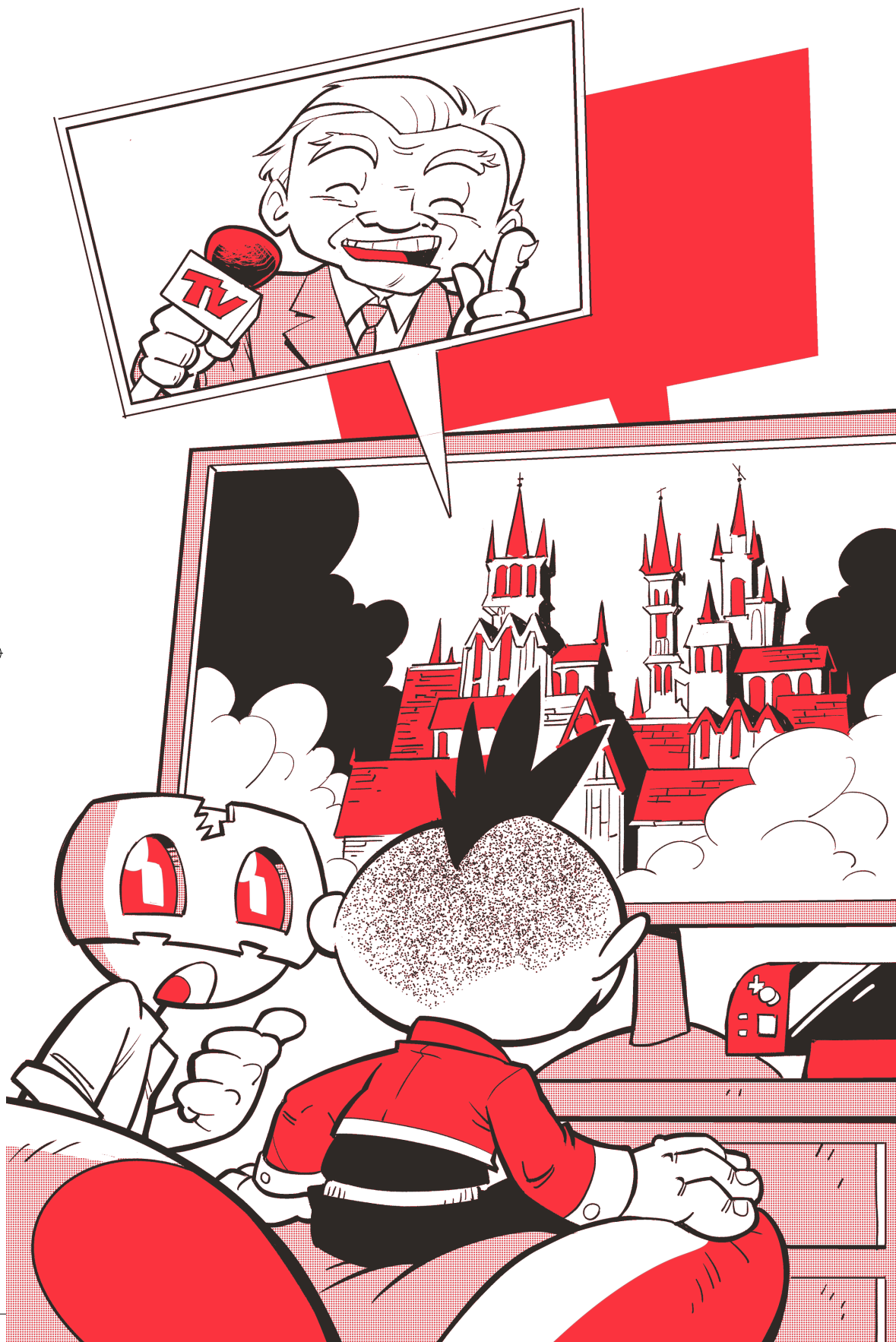
Casi parecía un castillo del terror. Sin embargo, cuando aparecieron imágenes de las habitaciones, el comedor y los jardines, allí solo se veían alumnos felices y sonrientes. Más que un colegio parecía un parque de atracciones, a juzgar por aquellas poses de exagerada felicidad.

—Pero ¿qué enseñarán ahí? —se preguntó Hardy—. Parece muy espectacular para que solo enseñen Matemáticas y cosas así.

—Mira qué bien se lo pasan en los jardines —añadió Trolero señalando la pantalla—, parece que todos estén de vacaciones.

—Esta escuela promete enseñarte todo lo necesario para convertirte en un héroe de verdad. Un héroe profesional. ¿Estás cansado de que no te consideren valiente o digno de haber protagonizado aventuras maravillosas? ¿Dudas de tu fortaleza o tu poder? Aquí recibirás una acreditación oficial de héroe para que nadie pueda dudar de tu palabra. Salva princesas, mata dragones, viaja a otros mundos exóticos, combate contra brujos oscuros. Pero hazlo de verdad gracias a nuestro diploma de héroe profesional. Llama al 555-123 e ¡inscríbete! Últimas plazas disponibles.





Trolero y Hardy se miraron mutuamente cuando el anuncio terminó. Al final, Hardy chasqueó la lengua.

—Nah, no necesitamos inscribirnos en esa escuela por mucho que mole, porque nosotros ya somos héroes.

Trolero asintió con vehemencia.

—Eso es verdad, hemos salvado Villa Trigo.

—Y hemos combatido contra Lorito —añadió Hardy.

—Y hemos salvado princesas en apuros...

—Bueno, eso creo que no...

—Miguita no es princesa, es verdad —rectificó Trolero.

—Además, en aquella ocasión, Miguita nos salvó a nosotros. ¿Recuerdas?

—Ah, bueno, eso es lo de menos. Hemos corrido suficientes aventuras como para ser considerados héroes.

—¡Eso es! Aunque... —dudó Hardy.

—¿Sí? ¿Qué?

—Pues que al final solo unas pocas personas saben que somos héroes —explicó—. El resto quizá no se creerá todo lo que hemos llegado a hacer.

—Pues que no se lo crean —contestó Trolero—. Peor para ellos.

—Uhm... tienes razón. Peor para ellos. Lo importante es que lo sepamos nosotros. Además —añadió Hardy—, un diploma no puede demostrar que uno sea un héroe de verdad, sino tu trayectoria en la vida y las veces que hayas demostrado ser capaz de enfrentarte a...

Justo en ese instante, se descolgó una araña negra y peluda del techo mediante su tela de araña. Trolero y Hardy abrieron mucho los ojos y se quedaron paralizados como si posaran para una foto.

La araña apenas tenía el tamaño de una uña, pero al posarse sobre el sofá en el que Trolero y Hardy estaban

sentados hizo que dieran un brinco hacia el otro extremo de la sala.

—¡Una araña! —gritó uno.

—¡Socorro! —gritó el otro.

Con el corazón golpeándoles el pecho, ambos se miraron y se pusieron colorados por la vergüenza. ¿Cómo podían decir que eran grandes héroes si les asustaba una simple araña?

—Ve tú y máatala —dijo Hardy.

—¿Yo? ¿Por qué no lo haces tú? Decías que éramos héroes.

—No, eso lo decías tú.

—Toma, y tú —protestó Trolero.

—Vale, pues ve y dile al menos a la araña que se vaya de nuestra casa —propuso Hardy.

—Creo que no se puede razonar con las arañas.

—Pero algo tenemos que hacer.

—Yo lo haría, porque soy un héroe —aseguró Trolero confiado—, pero todo héroe tiene un punto débil, su kryptonita. Y el mío son las arañas. Bueno, y los murciélagos. Y las ratas. Y también las cucarachas.

—Pues yo también tengo ese punto débil.

—No vale copiarse.

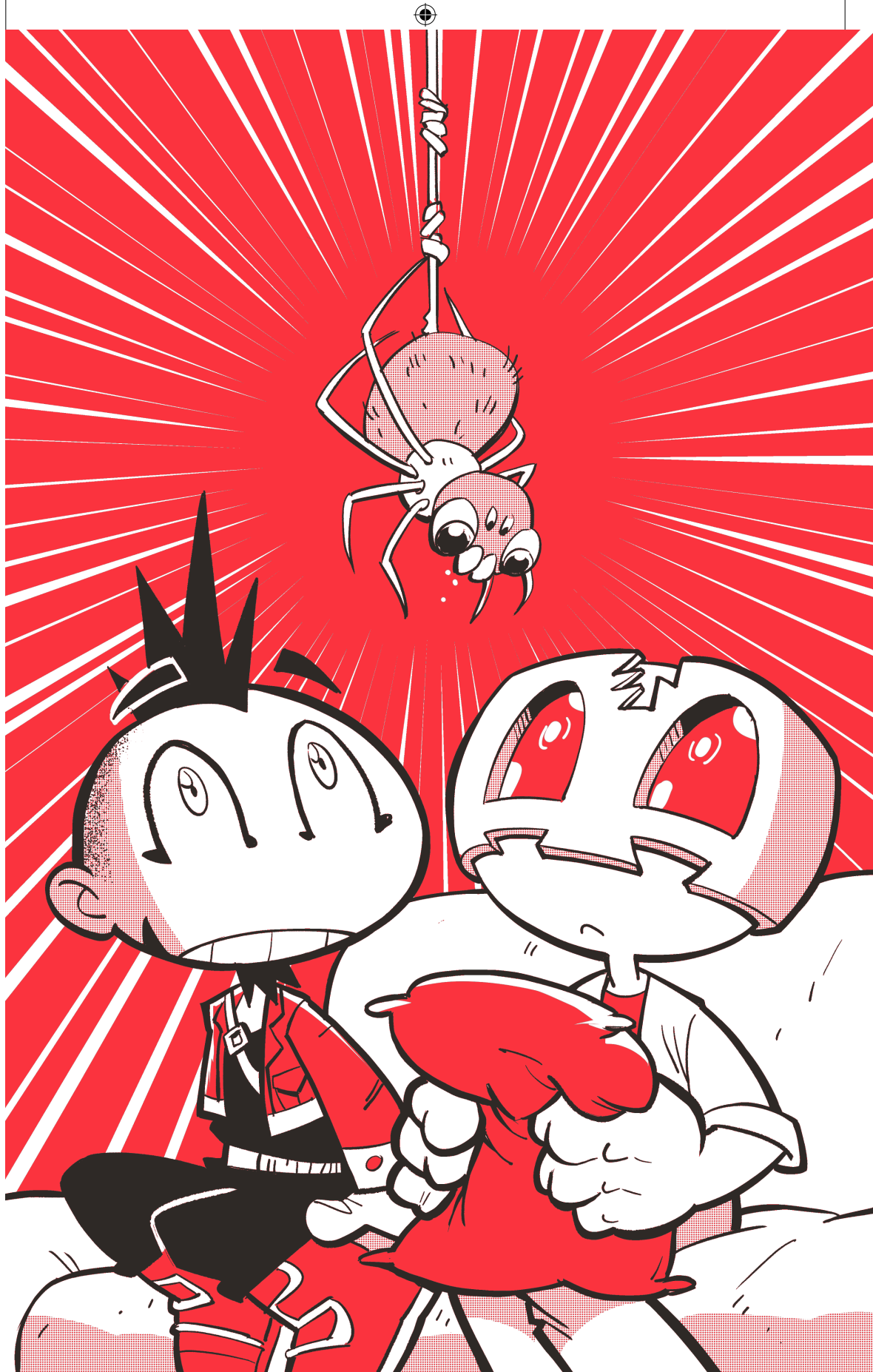
—¿Ah, no? —dijo Hardy indignado—. ¿Quién lo dice?

Un golpe en la ventana hizo que ambos dieran un respingo y corrieran a esconderse en la cocina.

—¿Qué ha sido eso? —gritó Hardy jadeando.

—Creo que era la madre de la araña, que ha tocado en la ventana —exclamó Trolero con el corazón desbocado.

Entonces, volvieron a oír unos golpes, pero esta vez en la ventana de la cocina.



Ambos se giraron, blancos como la cera, para contemplar la amenaza que se cernía sobre ellos...

—Pero si es Miguita —dijo entonces Trolero con un hilo de voz.

—Chicos, ¿se puede saber por qué no abríis? —preguntó Miguita al otro lado de la ventana—. Llevo quince minutos tocando en la puerta y en las ventanas para que me hagáis caso. ¿Qué os pasa? ¿Habéis visto un fantasma?

Trolero y Hardy se miraron y trataron de recobrar la compostura, carraspeando.

—Vaya héroes que somos —murmuró Hardy.

—A lo mejor sí que necesitamos un diploma.

—O que nos enseñen al menos a no tener miedo a las arañas.

—Y a los murciélagos —añadió Trolero.

—Vale, eso también. Y otros trucos y habilidades de un héroe de verdad.

Dejaron entrar a Miguita por la ventana, que al ver la «amenaza» que había en la sala de estar no pudo evitar echarse a reír.

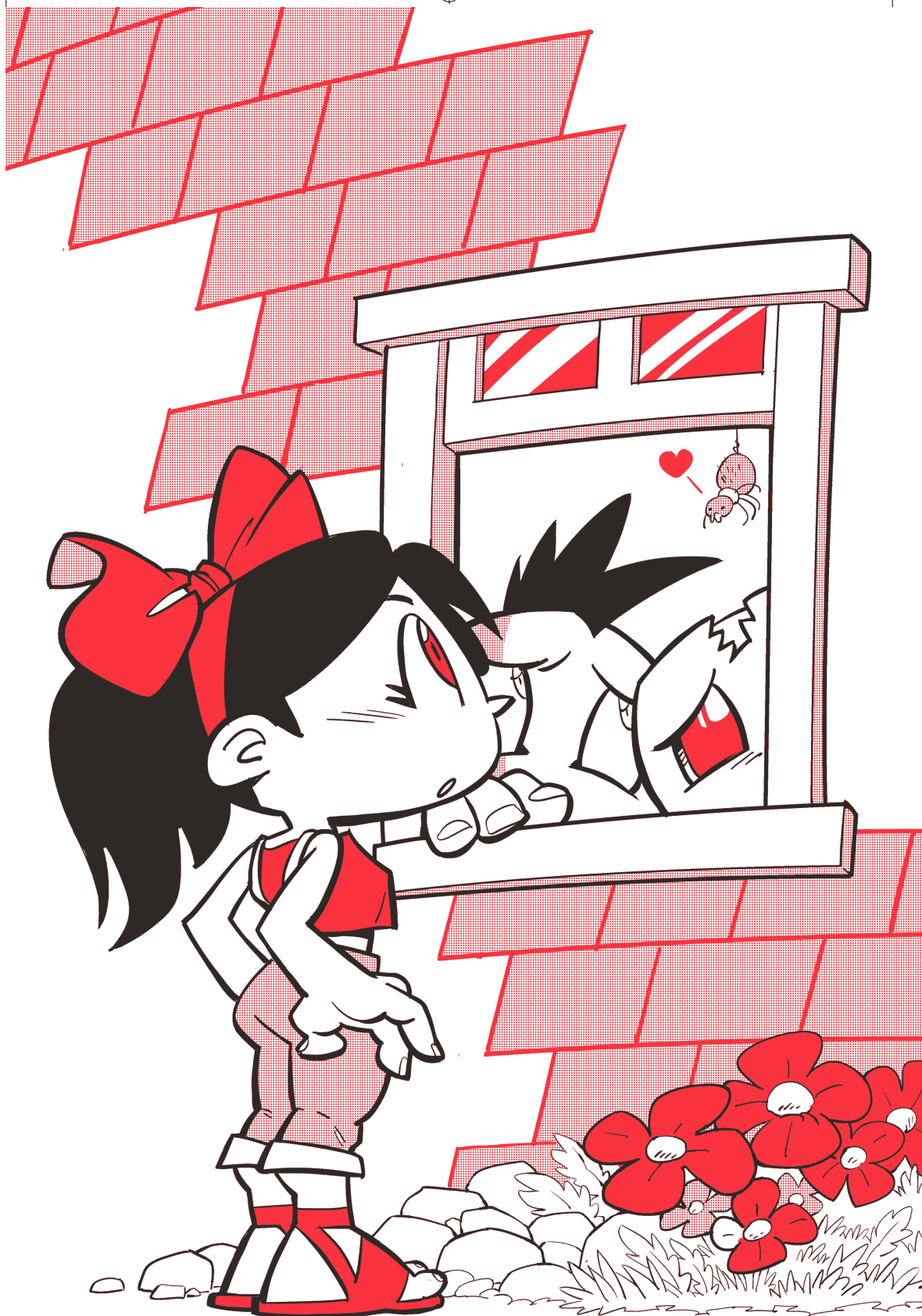
—Pero si solo es una araña diminuta —dijo asustándola para que saliera por la puerta—. Hala, ya está, la araña ha vuelto a la naturaleza. Ya no hay peligro de que os coma.

—Ejem —carraspeó Hardy poniendo voz de valiente—, no teníamos miedo de que nos comiera, sino de que nos picara. Se pueden transmitir graves enfermedades con una simple picadura, ¿sabes?

—Es verdad —confirmó Trolero—, lo vi en un documental de la tele. *Bichos peligrosos*, se llamaba.

—Claro, claro —dijo Miguita sin dejar de reírse.

—Bueno, ¿y qué querías? —preguntó Trolero para cambiar de tema—. ¿Ha pasado algo malo?



—Ah, no, no. Solo quería saber cómo estabais. Lleváis unos días completamente desaparecidos.

—De desaparecidos nada —replicó Hardy—. Aquí estamos, en casa.

—¿No habéis salido para nada? ¿No os aburrís?

Trolero sonrió.

—Justamente te lo queríamos contar ahora.

—¿Contarme el qué? —preguntó Miguita entrecerrando los ojos.

—¡Que nos vamos a inscribir en esa escuela de héroes que está en el antiguo castillo Brandi!

—¿En serio? He visto el anuncio, pero nunca pensé que os pudiera interesar algo así. Se supone que ya sois héroes, ¿no? Salvasteis Villa Trigo. De hecho, yo os llamé para que la salvarais.

Ni Trolero ni Hardy quisieron recordar que gran parte de la motivación para inscribirse era el susto que se habían llevado por culpa de una simple araña, así que trataron de justificar su entusiasmo de otra manera.

—¡Es verdad! —exclamó Hardy—. Pero siempre hay cosas nuevas que aprender. Y también cosas que debes repasar para que no se te olviden con el tiempo.

—Además, el sitio parece muy divertido y especial —añadió Trolero—. Es más, podrías apuntarte con nosotros.

Miguita negó con la cabeza.

—Sabéis que no puedo. Creo que será mejor que siga ayudando a mi padre con las recetas del Pan Dorado. Justo la próxima semana empieza la recolección de la primera siembra de maíz. Habrá mucho trabajo.

—Va, porfaaa —dijo Trolero—. Al menos prueba con nosotros un semestre.

—Vengaaa... —insistió Hardy.

Miguita suspiró.

—Lo pensaré, ¿vale? Hablaré con mi padre. Pero no os prometo nada.

—¡Pues ojalá puedas! —exclamó Trolero—, pero mientras vamos a prepararnos porque el plazo de inscripción está a punto de terminarse.

Miguita se quedó anonadada contemplando cómo ambos corrían arriba y abajo entusiasmados a la vez que estresados. Mientras sacaban las maletas del armario, elaboraban una completa lista de cosas que iban a necesitar.

—Ropa de verano —dijo Trolero.

—Y ropa de invierno, por si refresca —añadió Hardy.

—Y un antifaz para dormir, por si no hay cortinas.

—Y cuadernos y bolis para tomar notas.

—Y las botas de montaña por si queremos hacer una excursión —siguió Trolero.

—Y pan.

—Y pan.

—Mucho pan.

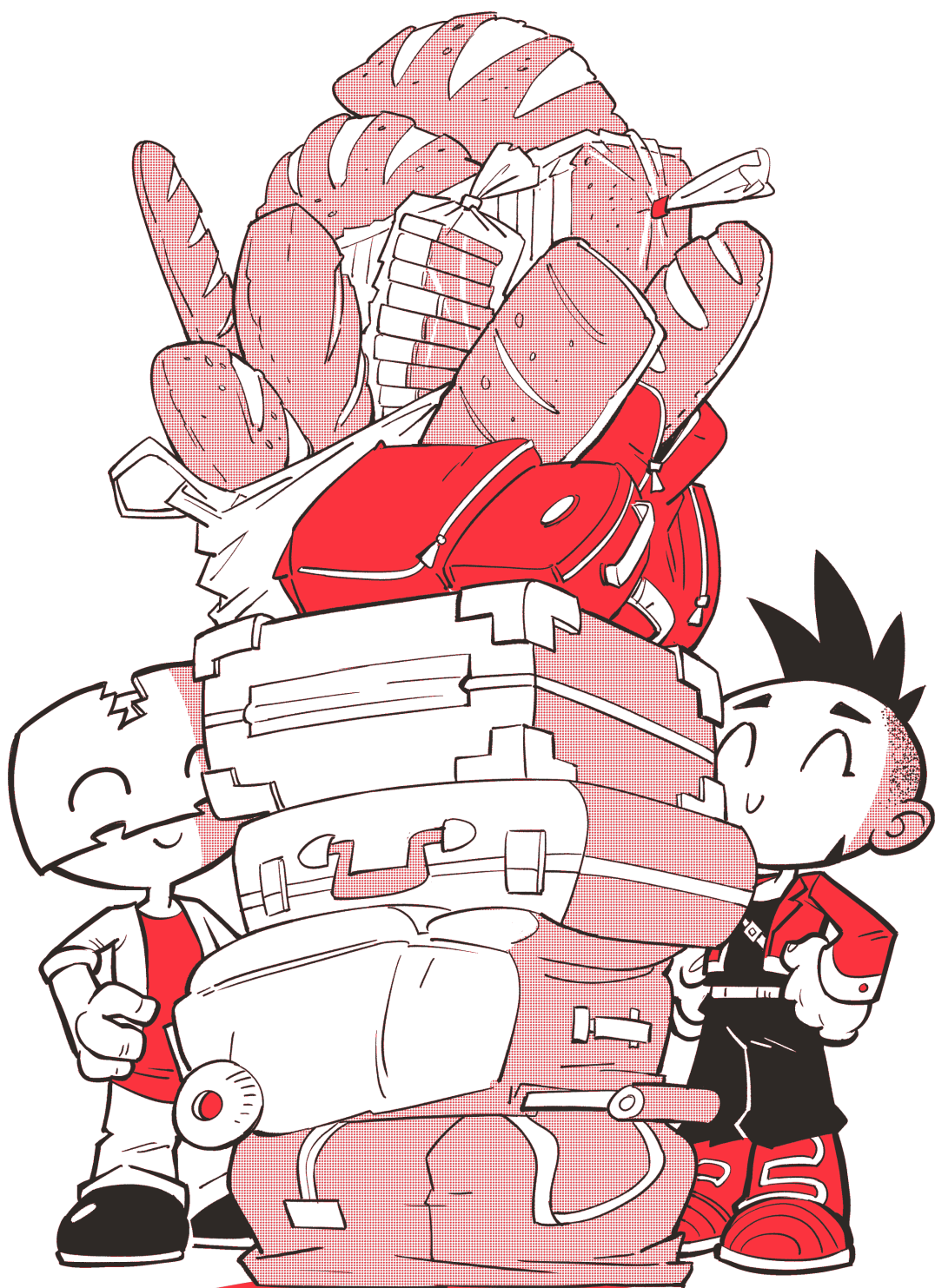
—Mucho pan.

Miguita les interrumpió un segundo levantando la mano.

—Sois conscientes de que no podéis llevar tantas cosas, ¿verdad? ¡Literalmente estáis metiendo en maletas todo lo que tenéis en casa!

Trolero y Hardy le quitaron importancia a aquella observación, objetando que era mucho mejor prevenir que curar.





—Y como falte pan, no lo aguanto —añadió Trolero.

—Pues metamos más pan en la maleta —dijo Hardy.

Miguita negaba con la cabeza, riéndose, pero a la vez sintió un poco de pena por no poder acompañarlos a aquella escuela. Aunque le costara admitirlo, estaba un poco cansada y aburrida de pasarse todo el día elaborando pan con su padre.

Además, con todo lo que estaban metiendo en las maletas, estaba segura de que iba a ser divertidísimo.

—Metemos también los disfraces de carnaval y el matasuegras, ¿no? —propuso Trolero.

—¡Eso no puede faltar! —exclamó Hardy—. ¡Imagínate que se celebra alguna fiesta en la escuela Brandi y nos falta algo!

—Ah, pues dos barras de pan más.

—¡Pues dos barras de pan más!

—Y dos molletes.

—Y dos molletes.

—¡Te dije antes que dejaras de copiarme!

—¡Te dije antes que dejaras de copiarme!